

Este parecía completamente conmovido, tenía trémula la voz, y con gran trabajo se pudo comprender que conjuraba á Polaniecki á que hiciese dichosa á Marina y á que de cuando en cuando visitara la tumba de su anciano padre y rogara por él.

Pero la solemnidad de aquel momento la vino á echar á perder Jozio, el hijo de Bigiel. Al ver éste á Playicki con los ojos llenos de lágrimas y á Polaniecki y á Marina arrodillados delante de él, se le figuró, por lo que le pasaba á él cuando su padre quería obligarle á pedir perdón, que debía tratarse de un castigo que se les imponía á los dos, y empezó á chillar desaforadamente, coreándole casi en seguida con gritos y lágrimas sus hermanitas y hermanitos.

Cuando se hubo logrado sosegar á los chiquitines, todos los presentes salieron para ir á la ceremonia religiosa.

Frente á la iglesia Marina rogó á Dios en silencio que la ayudara á hacer dichoso á su marido. Después dió el brazo á Polaniecki y entraron juntos en el templo por entre dos filas de curiosos y de invitados, á quienes los novios entreveían como en medio de una espesa niebla.

Reconocieron empero á la señora Emilia, que, envuelta en su velo de religiosa, les sonreía con los ojos llenos de lágrimas. Los dos jóvenes desposados pensaron que era Litka que en aquel momento les conducía al altar.

Empezó la ceremonia. Polaniecki, que tenía á Marina cogida por la mano, se sentía asaltado de una profunda emoción que no había vuelto á experimentar desde que su madre lo llevó á hacer su primera comunión. Comprendía que aquella ceremonia no era una ceremonia vulgar y que no solamente le daba el derecho sobre una mujer, sino que una fuerza oculta y sobrenatural presidía á

aquella unión de las manos y á aquel juramento de amor y de felicidad.

En medio del profundo silencio que les rodeaba, resonaron las solemnes palabras: «*Quod Deus junxit, homo non disjungat*», y Polaniecki se dió cuenta de que Marina se había transformado en una parte de él, como él mismo se había transformado también en una parte de ella.

El coro entonó el *Veni Creator*, y luego después los nuevos esposos abandonaron el templo, no sin haber recibido las felicitaciones de la señora Emilia.

—Dios os bendiga,—les dijo.

Y mientras los dos volvían á su casa, ella se fué sola al cementerio para anunciar á Litka que el señor Stach y Marina se habían casado.

### XXXI

Dos semanas más tarde, el portero de la fonda Bauer, de Venecia, entregaba al señor Polaniecki una carta que llevaba el sello de Varsovia. Disponíase éste á entrar en una góndola, en compañía de su mujer para ir á la iglesia de Santa María della Salute, donde tenían que asistir á la misa que mandaban rezar con motivo del aniversario de la muerte de la madre de Marina.

Como Polaniecki no esperaba noticias importantes de Varsovia, metióse la carta en el bolsillo y le dijo á su esposa:

—Me parece que es temprano para ir á la iglesia.

—Sí,—contestó ella,—aun tenemos media hora de tiempo.

—Entonces nos podemos hacer llevar hasta el puente de Rialto.

Marina consentía siempre en todo. Jamás había ido al extranjero y todo cuanto veía produciale un

verdadero entusiasmo. En la plenitud de su alegría, á veces echaba los brazos al cuello de su marido, como si Venecia hubiese sido fabricada por él y como si á él se le debieran agradecer todas aquellas bellezas.

Como era temprano, había poco movimiento; la laguna estaba tranquila como si dormitase, no se percibía ni un soplo de viento, y el Canal Grande resplandecía con toda su belleza en aquel día tranquilo y sin sol. Reinaba la quietud de un cementerio, y los palacios parecían vacíos y desiertos. Admirábase en silencio, como por temor de interrumpir aquel silencio general. Así se conducía Marina, pero Polaniecki menos sensible, sacó la carta del bolsillo y se puso á leerla.

—¡Ah!—dijo.—Masko se casó dos días después de nuestra partida.

—¿Qué has dicho?—preguntó Marina cual si despertase.

—¡Oh, qué soñadora! Decía que Masko se ha casado.

—¡Y á mí qué me importa Masko! Tengo mi Stach,—dijo Marina, apoyando la cabeza en el hombro de su marido y mirándole en los ojos.

Polaniecki se sonrió como hombre que está persuadido de que es amado, y por eso no se admira de que se lo digan. Besó distraidamente la frente de Marina y siguió la lectura.

De pronto experimentó una especie de sacudida y exclamó:

—Esto sí que es grave.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Kraslavski no tiene más que una renta vitalicia de nueve mil rublos, que le dejó un tío suyo; nada más.

—Me parece mucho.

—¿Mucho? Oye lo que me dice Masko: «La bancarrota es inevitablemente una cuestión de tiempo.»

¿Comprendes? se han engañado mutuamente. El uno contaba con la fortuna del otro.

—Pero á lo menos tienen de qué vivir.

—Lo sé; pero Masko no podrá pagar sus deudas, y esta es una desgracia para nosotros, para mí y para tu padre... se puede perder todo.

Aquí Marina se puso pensativa de veras.

—Stach,—dijo,—si es necesaria tu permanencia en Varsovia, partamos en seguida. ¡Qué golpe recibirá mi pobre papá!

Escribiré en seguida á Bigiel, y éste salvará todo lo que pueda. Por lo demás, no te asustes tanto, niña mía. Yo poseo lo suficiente para nosotros dos y para tu padre.

Marina lo abrazó exclamando:

—¡Que bueno eres! Con un hombre como tú se está siempre seguro.

—Quizás se pueda salvar algo. Masko me escribe que proponga á Bukacki la compra de Kerzemien. Bukacki sale esta noche para Roma y le he convidado á comer con nosotros. Masko termina su carta con estas palabras: «He enterado completamente á mi mujer de mi situación. Esta me ha escuchado con calma, pero mi suegra se ha puesto furiosa.» Añade que en estos últimos momentos ha puesto cariño en su esposa y que sentiría un verdadero pesar si esta le abandonaba.

—No le abandonará,—dijo Marina.

—Esto no se puede saber; ¿hagamos una apuesta?

—No, porque tendría la seguridad de ganar. Tú como que eres malo, no conoces á las mujeres.

Las conozco muy bien, y sé que no todas se parecen á la adorada mujercita que se encuentra ahora en esta góndola.

—Con su querido y adorado Stach.

Entre tanto habían llegado á la iglesia.

Al volver de misa, se encontraron con Bukacki, que llevaba un traje de viaje de color gris con gran-

verdadero entusiasmo. En la plenitud de su alegría, á veces echaba los brazos al cuello de su marido, como si Venecia hubiese sido fabricada por él y como si á él se le debieran agradecer todas aquellas bellezas.

Como era temprano, había poco movimiento; la laguna estaba tranquila como si dormitase, no se percibía ni un soplo de viento, y el Canal Grande resplandecía con toda su belleza en aquel día tranquilo y sin sol. Reinaba la quietud de un cementerio, y los palacios parecían vacíos y desiertos. Admirábase en silencio, como por temor de interrumpir aquel silencio general. Así se conducía Marina, pero Polaniecki menos sensible, sacó la carta del bolsillo y se puso á leerla.

—¡Ah!—dijo.—Masko se casó dos días después de nuestra partida.

—¿Qué has dicho?—preguntó Marina cual si despertase.

—¡Oh, qué soñadora! Decía que Masko se ha casado.

—¡Y á mí qué me importa Masko! Tengo mi Stach,—dijo Marina, apoyando la cabeza en el hombro de su marido y mirándole en los ojos.

Polaniecki se sonrió como hombre que está persuadido de que es amado, y por eso no se admira de que se lo digan. Besó distraidamente la frente de Marina y siguió la lectura.

De pronto experimentó una especie de sacudida y exclamó:

—Esto sí que es grave.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Kraslavski no tiene más que una renta vitalicia de nueve mil rublos, que le dejó un tío suyo; nada más.

—Me parece mucho.

—¿Mucho? Oye lo que me dice Masko: «La ban-carrota es inevitablemente una cuestión de tiempo.»

¿Comprendes? se han engañado mutuamente. El uno contaba con la fortuna del otro.

—Pero á lo menos tienen de qué vivir.

—Lo sé; pero Masko no podrá pagar sus deudas, y esta es una desgracia para nosotros, para mí y para tu padre... se puede perder todo.

Aquí Marina se puso pensativa de veras.

—Stach,—dijo,—si es necesaria tu permanencia en Varsovia, partamos en seguida. ¡Qué golpe recibirá mi pobre papá!

Escribiré en seguida á Bigiel, y éste salvará todo lo que pueda. Por lo demás, no te asustes tanto, niña mía. Yo poseo lo suficiente para nosotros dos y para tu padre.

Marina lo abrazó exclamando:

—¡Que bueno eres! Con un hombre como tú se está siempre seguro.

—Quizás se pueda salvar algo. Masko me escribe que proponga á Bukacki la compra de Kerzemien. Bukacki sale esta noche para Roma y le he convidado á comer con nosotros. Masko termina su carta con estas palabras: «He enterado completamente á mi mujer de mi situación. Esta me ha escuchado con calma, pero mi suegra se ha puesto furiosa.» Añade que en estos últimos momentos ha puesto cariño en su esposa y que sentiría un verdadero pesar si esta le abandonaba.

—No le abandonará,—dijo Marina.

—Esto no se puede saber; ¿hagamos una apuesta?

—No, porque tendría la seguridad de ganar. Tú como que eres malo, no conoces á las mujeres.

Las conozco muy bien, y sé que no todas se parecen á la adorada mujercita que se encuentra ahora en esta góndola.

—Con su querido y adorado Stach.

Entre tanto habían llegado á la iglesia.

Al volver de misa, se encontraron con Bukacki, que llevaba un traje de viaje de color gris con gran-

des cuadros; demasiado grandes para su minúscula personalidad, con zapatos amarillos y una corbata fantástica mal anudada.

—Parto hoy mismo,—dijo después de haber saludado á Marina;—¿queréis que os busque hospedaje en Florencia, ó preferís que os alquile un verdadero palacio?

—¡Qué! ¿no va usted directamente á Roma?

—No, y la culpa la tiene el café negro, que en Italia es malo en todas partes, pero que en cambio en Florencia, en casa de Giaseta, vía Tornabuoni, es excelente. Por lo demás, esta es la única cosa de valor que hay en aquella ciudad.

—Pero ¿por qué se obstina usted en hablar de un modo completamente opuesto á lo que realmente piensa?

—No hay tal; y en prueba de eso, que pienso alquilar para nosotros una bonita habitación sobre el Lungarno.

—Es que nosotros nos detendremos antes en Verona.

—¿Por Romeo y Julieta? Id allá, mientras tu mujer no se encoje aún de hombros pensando en Julieta. De aquí á un mes será demasiado tarde.

Marina le miró entre risueña y enfadada y dijo, volviéndose á su marido.

—Stach, prohíbele á este hombre hablar de ese modo.

—Le retorceré el pescuezo,—respondió Polaniecki,—pero después de comer.

Bukacki empezó á declamar:

«Il giorno é ancor lontano  
Fu l' usignolo e non l' allodola.»

Y volviéndose luego á Marina, la preguntó.

—¿Polaniecki no le ha dedicado á usted nunca algún soneto?

—No.

—Mala señal, Tenéis un balcón frente á vuestro alojamiento. ¿No le ha dado á usted nunca una serenata con mandolina?

—Tampoco.

—Todavía peor. Aquí en Italia hay en el aire no sé qué cosa que hace que cuando uno está enamorado es preciso que á su amada le dedique ó versos ó una serenata con mandolina. Si esto depende de la posición geográfica, de la corriente marina ó bien de la composición química del agua ó del aire, nadie lo puede decir; pero ello es cierto que quien no hace versos y no dá serenatas no puede estar enamorado. A este propósito podría citaros la obra de un gran sabio.

—Veo que me veré precisado á retorcerle el cuello antes de comer,—dijo Polaniecki.

Pero la terrible amenaza no pudo realizarse porque en aquel momento sirvieron la comida.

—He recibido una carta de Masko,—dijo de repente Polaniecki.

—Yo también,—replicó Bukacki.

—¿También tú? parece que la cosa se pone seria. ¿Sabes de qué se trata?

Bukacki, que sabía que Kerzemien había sido la causa de profunda disidencia entre Marina y Polaniecki, se habría guardado muy bien de pronunciar este nombre; pero Polaniecki, que lo observó, dijo tranquilamente:

—Hubo una época en que para nosotros el nombre de Kerzemien era causa de disgustos, mas ahora la puedes pronunciar con entera libertad: eso no ha de durar toda la vida.

Bukacki le miró fijamente en la cara. Marina se ruborizó lijera y dijo:

—Stach tiene razón. Se trata de la compra de Kerzemien. ¿No es verdad?

—Sí.

—¿Y qué?—preguntó Polaniecki.

—No la quiero comprar, porque no quiero que la señora se figure que nos la echamos el uno al otro como una pelota.

—Yo ya no pienso en Kerzemien,—observó Marina, ruborizándose más todavía.

Después miró á su marido, éste inclinó la cabeza en señal de consentimiento y dijo:

—Esto demuestra que eres una mujer juiciosa.

—Si Masko no puede conservar Kerzemien la hacienda será subdividida en porciones y caerá en manos de los usureros, y sea lo que quiera, siempre será para mí un pesar.

—¡Ah!—dijo Bukacki.—¿Pues no dice usted que ya no se acuerda de Kerzemien?

Marina miró de nuevo á su marido, y esta vez con una especie de angustia; mas éste se echó á reír, y dijo:

—Te has dejado coger, Marina;—luego volviéndose á Bukacki, dijo;—Masko ha puesto en tí su última esperanza.

—Es que ya no soy un áncora de salvación. Basta mirarme para convencerse de ello. Quien, por temor de ahogarse, se agarra á una astilla en busca de salvación, se va á fondo. Si yo salvase á Masko, él podría seguir haciendo el papel de lord inglés y su mujer el de gran señora, y yo me vería obligado á asistir, á costa mía, á una comedia enojosa, que me está haciendo bostezar ya desde tiempo inmemorial. En cambio, si no le ayudo, Masko se irá á pique, nacerán conflictos interesantes, y hasta tal vez una tragedia, y yo podré gozar de este espectáculo sin haber desembolsado un céntimo.

—¡Oh!—exclamó Marina;—¿cómo puede usted hablar de esta manera?

—Es que no me limito á decirlo, sino que además se lo escribiré. El me engañó de una manera indigna.

—¿Cómo?

—Siempre he pensado que es un sér muy vulgar; tiene todos los caracteres del bribón. Ese hombre no tiene ni corazón ni conciencia. Y en cambio me ha engañado, porque en el fondo es un hombre honrado y que tiene ganas de pagar sus deudas; á más de eso se ha encaprichado con esa muñeca de ojos orlados de color rojo que ha tomado por mujer, y sería desgraciada si éste le abandonase. En nuestro país es imposible fiarse de nadie; y esto me irrita tanto, que estoy decidido á no repatriarme jamás.

—Como veo que estás inspirado para decir tonterías, y que como de costumbre expresas sentimientos que por fortuna no son los tuyos, considero inútil proponerte la compra de Kerzemien.

Estaba servido ya el café. Polaniecki absorbió el contenido de su taza y luego continuó:

—Por lo demás, es innegable que Masko, después de casado, se ha vuelto poeta.

—Lo verdaderamente extraño es que se haya vuelto poeta, prescindiendo de que haya sido después del matrimonio. Un poco de poesía después de la boda... Dispensadme, iba á decir una cosa sensata. Os prometo que no os molestaré más. El café, que estaba hirviendo, me ha escaldado la lengua; pero me lo he tenido que beber caliente para ver si me alivia la jaqueca que en este instante me está atormentando de todas veras.

Apoyó la frente en la mano, permaneció inmóvil por algunos segundos y continuó:

—Uno va charlando hasta que duele la cabeza. Me habría marchado ya, si no hubiese tenido que aguardar al pintor Svirski, un famoso acuarelista con quien parto para Florencia. Mirale, ahora viene.

Como evocado por un conjuro, Svirski entraba á la sazón en la sala. En cuanto vió á Bukacki se aproximó á la mesa. Era un hombre membrudo, de

pecho ancho, de tez morena y de cabellos negros; se le podía tomar por italiano. Sus facciones eran más bien vulgares, pero la expresión de su semblante era seria y buena. Bukacki le presentó á Marina con las siguientes palabras:

—El pintor Svirski, una especie de genio que no solamente tiene mucho talento, sino que procura perfeccionarlo en pró de la humanidad en vez de malgastarlo como otros muchos. El prefiere llenar el mundo con su fama.

—Bien quisiera yo que todo esto fuera verdad,—dijo sonriendo el pintor.

—¿Quiere usted saber por qué no ha derrochado su talento?—prosiguió Bukacki.—Por razones meramente burguesas, porque está demasiado encariñado con Pagnebin, su país natal. Si hubiese nacido en Guadalupe, estaría encariñado con Guadalupe. Semejantes sentimientos no se adaptan á un artista juicioso, y por esto me irrita este hombre. ¿Le parece á usted natural eso, señora?

—El señor Bukacki no es tan malo como parece,—contestó Marina fijando sus azules ojos en el pintor;—antes de su llegada ha hecho de usted los mejores elogios.

—Juzgado mal en todo; hay para reventar,—murmuró Bukacki para sus adentros.

Entretanto Svirski contemplaba atentamente á Marina, cosa que le está permitido á un artista y que en el marido no ofende, y por último dijo á media voz:

—Aquí en Venecia sería imposible encontrar una cabeza semejante.

—¿Qué dice usted?—preguntó Bukacki.

—Digo, señora, que usted representa el verdadero tipo polaco. Esta, por ejemplo,—dijo el pintor pasándose el índice de la mano con un movimiento rápido por la nariz, la boca y la barba.—¡Qué pureza de líneas!

—¿Verdad que sí?—exclamó satisfecho Polaniecki.—Siempre he pensado lo mismo.

—Pues yo apuesto,—replicó Bukacki,—á que jamás se le había ocurrido.

Polaniecki, enorgullecido por el interés que su esposa había despertado en el artista, prosiguió sin hacer caso del amigo:

—Si desea usted hacer su retrato, tendré en ello una verdadera satisfacción.

—Lo haría con mucho gusto,—contestó sencillamente el pintor;—pero hoy tengo que salir para Roma, donde he empezado ya el retrato de la señora Osnovski.

—Dentro de diez días, á más tardar, estaremos nosotros también en Roma.

—Entonces, acepto.

Marina se puso colorada como una amapola.

Bukacki se levantó y le dijo á Svirski:

—¿Vamos á tomar un vaso de cognac en el café Florian?

—¡Qué pareja tan simpática!—observó el pintor en cuanto estuvieron en la calle.

—Son recién casados.

—Parece que él está muy enamorado. Cuando yo hacía el elogio de ella, el marido no cabía en sí de gozo.

—Ella le ama cien veces más á él.

—¿Cómo puede usted saberlo?

Bukacki miró al aire y contestó como hablando consigo mismo:

—El matrimonio y el amor me cargan: por un lado hay el placer, el goce; por el otro, el sacrificio. Polaniecki es un buen hombre, pero eso es todo. Ella tiene tanto ingenio y tanto carácter como él; pero su amor es más grande, más generoso y menos egoísta, y por eso él acabará por figurarse que es el sol, que se digna iluminar y calentar al planeta obligado á girar en torno suyo. Hasta creo que

han llegado ya á este punto. El consentirá en amarla, considerando este amor como una gran virtud exclusivamente suya; mas ella le amará por él mismo, y considerará el amor como una felicidad, como un deber.

Llegados al café Florian, sentáronse uno en frente del otro y se hicieron servir el cognac.

Svirski, que se acordaba aún de los dos esposos, dijo:

—Pero si ella está contenta de su papel... ¿qué más quiere usted exigir del amor?

—¿Del amor? Nada. Llèvese el diablo al que quiera exigir algo del amor. Si yo no fuese quien soy, quisiera dar una definición exacta del amor, y sostendría que...

—Explíquese usted.

—Que éste debe consistir en una mezcla de deseo y de cariño recíprocos.

Después de haber absorbido su cognac continuó:

—Tal vez habré dicho una cosa acertada, pero la considero tonta. De todos modos para mí es lo mismo.

—¡Bah! no es una tontería.

—Lo será ó no lo será, pero para mí es lo mismo.

